

100

**NO TE MUEVAS,  
MUSARAÑA**

**RAFAEL SALMERÓN**

PREMIO  
LAZARILLO  
2017





GRAN  
ANGULAR

# No te muevas, Musaraña

RAFAEL SALMERÓN





**fundación sm**

**La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **[www.fundacion-sm.org](http://www.fundacion-sm.org)**

## LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Paloma Muiña  
Coordinación gráfica: Lara Peces  
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: Rafael Salmerón, 2018  
© Ediciones SM, 2018  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-9107-937-8  
Depósito legal: M-19376-2018  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Lucía.  
To Meredith.*



## OLORES Y MUSARAÑAS

Capto el olor penetrante de la esencia de trementina.  
Es el olor de la corteza herida.  
El olor del tiempo.  
Y también huelo los aceites.  
Los óleos.  
Porque los colores huelen.  
Al menos eso recuerdo.  
El amarillo de cadmio huele a girasol.  
Y a paja recién cortada.  
Y también un poco a plátano.  
El amarillo de cadmio huele a amarillo.  
Eso recuerdo.

«No te muevas», dice mi padre.  
Tose.  
Su voz suena extraña. Como a esponja. O a gomaespuma. Tal vez porque habla con el cigarrillo pegado a los labios.  
Tose.  
Eso lo recuerdo siempre. Uno tras otro. La colilla entrega el relevo y el tabaco nuevo arde, se consume.  
Tose.  
Le consume.  
Eso no puedo olvidarlo.  
«No te muevas», dice otra vez mi padre.  
Tose.  
«No te muevas, Musaraña».  
Musaraña.  
Musaraña.  
Solo él me ha llamado así. Decía que yo movía la nariz como las musarañas los hocicos. Y que era igual de inquieta.

Nunca he visto una musaraña, pero, durante mucho tiempo, cuando era pequeña, cuando él estaba, busque en el espejo su rostro. Entrecerré los ojos. Imité unos movimientos que no conocía, unos ademanes que inventaba.

Musaraña.

«No te muevas, Musaraña», recuerdo decirle al espejo.

«No te muevas, Musaraña».

Eso dice mi padre.

Y yo no me muevo.

Y él tose.

Aunque me dé la risa.

O me aburra.

Y él tose.

O me pique la punta del dedo pequeñito del pie. Del izquierdo. O del derecho. Eso sí que no lo recuerdo. Pero no me muevo.

Lo que sí recuerdo son sus ojos. Escrutándome. Como separándome la piel de la carne. Y la carne del hueso. Desmontándome y montándome de nuevo. Con pelo de animal, y con tela, y con olores que son colores. Colores de aceites. Amarillos, ocres, violetas, carmines y añiles.

Tose.

El pincel que no puedo ver se desliza con rapidez. Lo sé por cómo palpita el lienzo y por cómo se mueve el hombro derecho de mi padre.

«No te muevas, Musaraña».

Tose.

Eso recuerdo.

Eso imagino.

Eso sueño.

## CORTE DE PELO

Llego a casa.

Tiro las llaves en el cestillo que hay en el aparador de la entrada y espero de pie, junto a la puerta. Todavía está abierta. La cierro.

Oigo ruido en la cocina. Se escuchan la radio y la campana extractora de humos.

Respiro profundamente y espero.

El aroma de algo que lleva tomate y canela golpea mi sentido del olfato casi al instante. También huele a otras cosas que no reconozco. Multitud de especias. Seguro que demasiadas. Mi madre está en una etapa en la que mucho siempre es poco. Nunca hay suficiente de nada. Utiliza cosas como flores comestibles, y frutas de nombres impronunciables que mezcla con esencias y extractos y con pescados y mariscos y con carnes y con lo que sea.

Peran siempre le alaba el resultado, aunque en su rostro permanentemente sonriente adivino que, en más de una ocasión, lo hace solo por agradarla.

Peran es el marido de mi madre. Su segundo marido. Después de mi padre. Un año y medio después. Después de que mi padre muriese. Demasiado pronto. Demasiado rápido.

Demasiado.

Peran tiene ese nombre porque es noruego. Y también porque es noruego mide casi dos metros y es rubio y tiene los ojos grises y habla con un acento que a todos resulta adorable. Sobre todo a mi madre.

«Te querría solo por tu acento», le dijo una vez. Y Peran sonrió. Siempre sonríe. Aunque truene o se hunda el suelo bajo nuestros pies. Tal vez porque es noruego. Aunque eso no lo sé. Los otros noruegos que conozco son todos de su familia, y si también son-

rien siempre puede deberse a motivos genéticos y no a causa de su nacionalidad.

Sigo esperando junto a la puerta.

Me paso la mano por la nuca, como para confirmar que he hecho lo que he hecho. Y lo he hecho. El pelo cortísimo, casi rapado. En la nuca y en las sienes.

Giro la cabeza a la derecha y el espejo me devuelve una imagen de mí que me sorprende. Todavía no me acostumbro.

Me echo el flequillo para un lado. Es tan largo que me tapa casi media cara.

Y ahí estoy.

Soy yo.

La que me siento ahora.

Yo.

La niña se fue.

He visto sus restos tirados por el suelo de la peluquería hace tan solo un momento.

Caían los mechones amputados, llevándose prendados los últimos retazos de una niñez que desapareció mucho tiempo atrás.

Mucho antes de lo debido.

Me miro en el espejo y soy yo. De eso no hay duda. Mucho más yo que hace tan solo un momento.

Soy la que he decidido ser. No la que mi madre quiere que sea. O la que quieren las «tres desgracias».

Estela.

Vega.

Y Paula.

Las TRES DESGRACIAS.

Las más pijas, las más guapas, las más delgadas, las que dicen lo que se lleva y lo que no en el instituto, las que te matan o te dan la vida cuando te miran. Las que deciden si existes o si no, si eres una promesa, una diana o un fantasma.

Me paso otra vez la mano por la nuca y las sienes. Y me miro otra vez en el espejo.

Me gusta lo que veo.

Aunque eso no durará mucho.

-¿Laïa?

Mi madre me llama.

-Laïa, ¿eres tú?

No respondo.  
Espero.  
Con los pies firmemente apoyados en el suelo.  
Como lo haría un boxeador.  
Esperando el golpe.  
-¡Laia!  
Mi madre ya me ha visto.  
-¿Qué te has hecho?  
Se acerca horrorizada.  
-¿No te gusta? – digo yo, incapaz de permanecer callada, incapaz de resistir la tentación de regar el fuego con gasolina.  
-Pero... Pero tú... ¿estás loca?  
Soplo para apartarme el flequillo. Otra vez me cae sobre la cara.  
-Yo... Tú... ¿Qué te has hecho?  
-Me he arreglado las puntas.  
No puedo evitarlo.  
-¡Laia! ¿Encima quieres reírte de mí?  
Esta vez no respondo.  
-No puedo... No puedo contigo... ¿Tú te has visto? Tu pelo...  
-Eso es: pelo.  
-Tú encima ponte chula. Eso es lo único que sabes hacer.  
Silencio. Y otro soplido de flequillo.  
-Y creerás que estás guapa...  
-Nunca, mamá. Eso nunca.  
Mi madre duda y titubea.  
-Hija... Lo que quiero decir es que no tenías que habértelo cortado. Tenías un pelo tan bonito...  
-Así que ya no me queda nada, ¿verdad?  
-Yo no he dicho eso.  
-Me voy a mi cuarto. A cortarme las venas.  
-Laia...  
-No te preocupes, mamá. Es coña. No voy a ponerlo todo perdido. Si alguna vez me suicido, lo haré de un modo más estético y pulcro. Nada que escandalice a los vecinos ni que no pueda limpiarse con una bayeta.  
-Hija...  
Paso a su lado y me voy a mi cuarto.  
Ella se queda ahí, en el pasillo. Pensando si yo sería capaz. Dudando.

Que se joda.

Mis palabras nunca caen en saco roto.

Huele a tomate y a canela quemados. Ahora ni siquiera Peran será capaz de alabar sus esfuerzos culinarios.

Que se joda.